

14° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 09.09.2014

Quizá el texto que mejor describe cómo es el corazón que Cristo quiere darnos, y cómo éste puede convertirse en el centro de una vida nueva para nosotros, de una vida en Cristo, es el capítulo 2 de la carta a los Filipenses. Antes, Pablo habla de las relaciones comunitarias, después es como si recordase que tiene que hacer comprender cómo son posibles, y por qué deben ser así como describe allí. Entonces, habla de los “sentimientos” de Jesucristo o, más correctamente, habla de “tener los sentimientos”, de “sentir”, “pensar” como Cristo. Literalmente: “Sentid en vosotros como en Cristo Jesús” (Fil 2,5). Que es precisamente como decir “tenéis en vosotros el Corazón de Cristo como relación con todos, como manso y humilde amor al otro”. La primera parte del himno de los Filipenses 2,6-11, el aspecto kenótico del misterio pascual, nos hace comprender cómo el Corazón manso y humilde del Hijo de Dios se ha hecho carne y vida humana, vida al servicio y obediente, no solo para abajarse, no solo para humillarse, sino para manifestarnos y darnos su Corazón manso y humilde o, mejor, su *ser* manso y humilde de corazón. La condición humana, la condición humana de siervo, en el hacerse hombre de parte de Dios, hasta la muerte en Cruz, se ha convertido en manifestación de su Corazón, de la comunión del Hijo con el Padre y con todos.

"Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.
Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz" (Fil 2,6-8)

Desde esta contemplación del manifestarse del corazón manso y humilde del Señor, Pablo alcanza todo el sentido y la naturaleza de la vida cristiana, de la vida de la comunidad cristiana, que en un cierto sentido debe hacer visible los sentimientos que están en Cristo, es decir, su Corazón. La comunidad debe vivir y manifestar en las relaciones que la constituyen y que se irradian de ella, la naturaleza de la comunión de Cristo con todos. Esto es lo que san Pablo expresa antes, introduciendo el Himno, o, más bien es quizá esto lo que ha traído el Himno a la mente de Pablo:

“Así, pues, os conjuro en virtud de toda exhortación en Cristo, de toda persuasión de amor, de toda comunión en el Espíritu, de toda entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás” (Fil 2,1-4).

Es justamente la descripción eclesial del Corazón manso y humilde de Cristo, la encarnación eclesial de su comunión en la preferencia del Padre y de los hermanos. A menudo se reclama la caridad como un *exploit*, cuando, sin embargo, es más bien un conformarse al humilde sentimiento de sí mismo con el que Cristo ofrecía a todos aquellos que encontraba la alegría de existir, y de sentirse llamados y atraídos a vivir con el mismo corazón, con los mismos sentimientos.

La humildad, y san Benito lo entendió muy bien, no es ante todo un aspecto moral de la vida cristiana, sino su corazón místico, su fuente. La moral cristiana vive el misterio, y el misterio a vivir por excelencia es el del Hijo de Dios que nos comunica su vida.

Toda la ascesis de la humildad, que san Benito en su Regla expone como la sustancia más profunda de la vida monástica y cristiana, es precisamente una ascesis de la conformación de nuestro corazón soberbio al corazón manso y humilde de Cristo. Pero un conformarse que es un adherirse a Su relación con el Padre, con nosotros mismos, con los hermanos y hermanas, y también con los acontecimientos y las cosas. Cada peldaño de la escala de la humildad que san Benito propone subir describe una dimensión de la relación del corazón manso y humilde de Cristo al que adherirse, al que conformarse por la gracia acogida. La “solidez” del método benedictino en el vivir el acontecimiento cristiano, siempre actual y eficaz desde hace ya mil quinientos años, pienso que viene precisamente del hecho de que se funda, o es animada, por una correcta concepción del corazón, es decir, del sujeto de toda conversión y vida cristiana. La “equidad” humana del método benedictino, que no censura absolutamente nada de positivo y negativo de la experiencia humana, pienso que se debe precisamente a cómo san Benito, en la escucha evidentemente del Evangelio, de los Apóstoles y de los Padres, concibe el corazón humano en su naturaleza relacional, como sujeto de la relación humana, y de la libertad llamada a realizarse en el amor de Dios.

En el Prólogo de la Regla, con citas de la Sagrada Escritura, san Benito habla del oído del corazón, de los ojos del corazón, del modo de hablar del corazón (cfr. RB Pról. 1.28.26). En otros lugares, habla de los pensamientos del corazón (4,50) y del afecto del corazón (7,51). En resumen, el corazón es relacional, es el centro de la capacidad relacional en nosotros, que puede elegir el bien y el mal, es decir, abrirse o cerrarse a la relación, al amor, a la verdad.

La ascesis cristiana y benedictina trabaja sobre el corazón, para que de endurecido (RB Pról. 10; 2,12), autónomo (3,8), murmurador, es decir, negativo, en el juicio y en la mirada sobre la realidad y las personas (4,24; 4,50; 5,17-18; 7,44; 7,48), soberbio (7,3), apesadumbrado (39,9), pueda llegar a una *dilatación* de sí mismo hasta ser “corazón dilatado”, de atleta de Cristo, un “corazón dilatado por la dulzura inexpresable del amor”, que permite “correr por el camino de los mandamientos del Señor” (Pról. 40). El corazón dilatado es un corazón enamorado de Cristo, empapado del Espíritu Santo.

Pero este es el fruto de un camino en el que el corazón acepta ser humillado en su orgullo (7,8), ejercita la compunción de sí mismo (49,4), pero tendiendo hacia Dios, diría casi *entendiéndose* con Dios (*intentio cordis*) (52,4).

En el fondo, el corazón cambia, se convierte, cuando acepta no ser un depósito sino una fuente. La compunción “punza” constantemente el corazón para que no se cierre, permanezca abierto para ser fuente, incluso si está herido, como el de Jesús.

Es el misterio anunciado por Ezequiel: “os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne” (Ez 36,26).

Nos podemos preguntar en qué sentido un corazón de carne es mejor que un corazón de piedra, o podemos preguntarnos si el profeta, en lugar de “corazón de carne”, no habría hecho mejor diciendo “un corazón de oro”, o “un corazón de fuego”... Pero un corazón de carne tiene las dos cualidades, una activa y otra pasiva, que ninguna otra sustancia o materia puede tener. La cualidad activa es la de dar vida, dar sangre y vida a todo el cuerpo. Un corazón de carne trabaja sin descanso para dar vida al cuerpo. Un corazón de piedra no lo hace, ni tampoco lo haría un corazón de oro. La cualidad pasiva de un corazón de carne es aparentemente opuesta a la activa, y es la de poder ser herido, poder sangrar, poder vaciarse para dar la vida por otro. En sentido figurado las dos capacidades vienen a coincidir. Un corazón de carne, el que Cristo ha querido tener encarnándose, es un corazón que da la vida amando hasta dejarse herir y vaciar totalmente.